

TRAVESÍA LITERARIA

MANUEL VICENT

ICONOGRAFÍA

RAQUEL MACCIUCI

PRÓLOGO

MIGUEL CORELLA

SILVIA CÁRCAMO

delCentro
EDITORES

CONSULTOR DE EDICIÓN
FEDERICO GERHARDT

ASISTENTE DE EDICIÓN
MARCOS BRUZZONI

Este libro ha sido sometido a evaluación interna y externa
por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la
Educación de la Universidad Nacional de La Plata,
Buenos Aires, Argentina.

ÍNDICE

I. *TRAVESÍA LITERARIA*, por MANUEL VICENT

Prólogo: *Manuel Vicent: autorretrato con paisaje*, por Miguel Corella

Travesía literaria

II. *ICONOGRAFÍA*, por RAQUEL MACCIUCI

Prólogo: *Vicent: imagen, palabra y memoria*, por Silvia Cárcamo

1. Taller de un libro

2. Sobre *Retrato de Manuel Vicent*, óleo de Daniel Quintero

3. *Iconografía*

4. Índice de imágenes

5. Participaron en el libro

Iconografía

Raquel Macciuci

1

Taller de un libro

Recreación iconográfica es el resultado de un feliz encadenamiento de casualidades, causalidades, afinidades, colaboraciones cruzadas y juego interpretativo; un seguro azar, como dijo el poeta.

Poco tiempo después de la última visita de Manuel Vicent a la Argentina en 2014, para recibir el título de *Doctor Honoris Causa* por la Universidad Nacional de La Plata, descubrí que tenía en mano un conjunto de materiales literarios y visuales que formaban un cosmos, informe pero solidario: por un lado, su *Travesía literaria*, la *Clase Magistral* leída en la ceremonia de investidura; por otro, un puñado de estampas que en diferentes momentos y por distintos motivos me había enviado Joan Antoni Vicent, fotógrafo y hermano de Manuel.

El primer estímulo, o si se quiere, la inspiración inicial para buscarles un destino, fue advertir que afloraba un diálogo subrepticio entre las imágenes y distintos pasajes de la “travesía” narrada por Vicent, compendio –con fuerte impronta visual y

sensorial, como es de esperar en su escritura- de momentos clave de su singladura vital y literaria. Las referencias biográficas, lejos de ser simples coordenadas temporales o geográficas, remitían a verdaderos lugares de memoria, individual y colectiva, e invitaban a ser convertidas en un nuevo texto ilustrado con locaciones espaciales, refrendadas por una progresión de retratos que hilvanaban el tiempo histórico con las edades, la maduración del escritor y el devenir de su universo literario. El reto era conjugar letra e imagen y dar al conjunto un sentido que no violentara la esencia del texto originario.

La calidad de los materiales fotográficos y la insustituible baza de las coordenadas -genealógicas y territoriales- del hermano menor del escritor, que le otorgaban una posición privilegiada para explorar álbumes familiares y archivos públicos en busca del recuerdo justo, me permitieron delinear una primera versión. En el trayecto sin rumbo determinado pero cierto de la intervención y recreación, en el sentido de juego y de nueva creación al mismo tiempo, en el texto original de Manuel Vicent, fue decisivo el parecer del propio autor, quien al principio escuchó con mediana curiosidad, luego aprobó las correspondencias buscadas entre texto e imagen, aportó acotaciones medulares y algunas fotografías complementarias. Por último y fundamentalmente, autorizó con algún reparo -no es un escritor dado a la autocomplacencia- la intervención sobre su *Clase Magistral*, aval sin el que el nuevo texto carecería de sustento ético y legal.

Una vez acordado con el autor la mutación de la travesía literaria en otra travesía de naturaleza iconográfica e intermedial, los primeros esbozos mostraron la presencia de intermitencias, huecos o redundancias: sobaban ilustraciones en unas zonas y faltaban en otras. Sin duda debían de existir materiales que enmendaran los vacíos visuales que pedían completarse. Fue así como a la primera colección de fotografías pude añadir distintas piezas de una especie de archivo personal –si el nombre de archivo no resultara pretencioso– construido durante un extenso período de trabajo sobre Manuel Vicent.

Entre numerosos impresos rescatados de cajas o anaqueles, destacaba con destello propio una lejana y ajada reproducción de un retrato al óleo pintado por Daniel Quintero en 1990. El cuadro servía para ilustrar una entrevista al autor de *Tranvía a la Malvarrosa*, publicada en diciembre de 1994 en el desaparecido semanario *Cambio 16*. No era la primera vez que aspiraba a disponer de esta efigie que logra plasmar, con singular agudeza, la imagen del escritor en su ambiente y su momento creativo.

Seguir el rastro de un artista acreditado no fue una misión imposible en la era de Internet, con la fortuna de que en esta oportunidad se dio una feliz bifurcación hacia la era analógica con punto de encuentro en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Durante la charla, atravesada por las artes plásticas naturalmente, el pintor recordó detalles de las sesiones con Manuel Vicent en su

estudio que aportaron detalles iluminadores para la hermenéutica del cuadro.

En tanto, el proceso de busca y rebusca de materiales para una mejor concatenación de texto y estampas había seguido su curso, con ajustes y nuevas incorporaciones, hasta cerrarse con la autorizada firma de Jordi Socías bajo uno de los retratos.

La meta deseada, y confío alcanzada, era lograr un efecto opuesto al del documento o el álbum, donde las láminas quedan congeladas en un tiempo muerto envuelto en grisuras notariales; es decir, aspiraba a que las ilustraciones enriquecieran la lectura de la *Travesía literaria* escrita por Manuel Vicent, y que a su vez, la *Iconografía* se sustentara en oportunos pasajes de su compacto y revelador recorrido autobiográfico. Para la concepción del nuevo texto, no interesaba por tanto la localización exacta, la fecha, o la procedencia de cada fotografía, pues la profusión de datos podía perturbar el diálogo entre texto e imagen alterando la sutil sintonía buscada. Por igual motivo, desistí de realizar cualquier clase de análisis crítico, bien de la *Lectio* de Manuel Vicent, bien de la recreación posterior; la tarea de la interpretación y el desciframiento debía ser tarea del lector.

Sin embargo -no es accesorio aclararlo- la serie de cuarenta y dos reproducciones respeta rigurosamente las circunstancias biográficas recordadas cronológicamente por Manuel Vicent en su lección magistral e ilustra de manera fidedigna, uno a uno, los

fragmentos seleccionados. Para cumplir con las normas intelectuales ineludibles y satisfacer al lector avisado, en las páginas finales figura la información sobre la procedencia de los materiales, datos en absoluto aleatorios para un texto que recalca en la historia y ostenta un género diverso, fronterizo entre el relato no ficcional y las escrituras del yo. Por otra parte, las imágenes tenían dueños, quienes, con un gesto por demás generoso, más que autorizar, otorgaron un voto de confianza para exhibir sus láminas en una publicación no convencional.

En todas las etapas del proyecto, desde las elucubraciones iniciales, hasta el resultado último en forma de libro, estuvo presente Federico Gerhardt –asistido eficazmente por Marcos Bruzzoni– aportando su experiencia en ediciones que demandan saberes profesionales y amplitud de criterios.

Una vez concluida la fase creativa, la *Iconografía*, fiel a su origen azaroso y camino hecho al andar, adolecía de un sello editorial que reuniera las condiciones ideales para convertirlo en libro. El problema era aun más arduo debido a la naturaleza del texto: la excelencia de las imágenes no toleraban un libro en rústica, pero no era realista pensar en una edición de lujo.

El interés demostrado por Claudio Pérez Míguez y Raúl Manrique Girón, responsables de Del Centro Editores, en el marco de su Museo del Escritor, sitio de referencia en la capital española, abrieron la perspectiva más auspiciosa. Sus exquisitas ediciones

artesanales –auténticas piezas de orfebrería– constituían sin duda la opción más idónea para materializar el proyecto primero en un libro que cuidara su factura y potenciara su naturaleza mestiza, con raíces en sendos territorios de la letra y la imagen, y habitada por voces y autorías prestadas.

Resta solamente reiterar mi gratitud por el substancial préstamo del texto y de las imágenes a quienes ya han sido nombrados: a Manuel Vicent por su Travesía literaria; a Joan Antoni Vicent, Daniel Quintero y Jordi Socías por sus imprescindibles estampas; a Federico Gerhardt y Marcos Bruzzoni por el acompañamiento en la preparación de los materiales; a Julieta De Marziani por su aporte desde el Área de Prensa de la Universidad Nacional de La Plata. Del mismo modo, transmito mi reconocimiento a la Librería de Cazarabet-Casa Soro, de Teruel, por su ayuda en las navegaciones y búsquedas en la red; al historiador José Antonio Vidal Castaño por responder a mis preguntas sobre el hotel Voramar durante la Guerra civil... y al Hotel Voramar, por su presente y por su memoria. Finalmente, a Silvia Cárcamo, Miguel Corella Lacasa y José Luis de Diego, por el respaldo intelectual e institucional brindado por sus juicios expertos, inteligentes y rigurosos, mas no reñidos con la lectura amablemente distendida.